

PRÓLOGO

La historia de una familia es siempre la suma de muchas historias, grandes o pequeñas, sencillas o complicadas, con elementos que se repiten en el tiempo y otros absolutamente novedosos.

No puede decirse que la vida de Herminia haya sido un camino de rosas. Desde la detención de su padre tras la Guerra Civil española hasta su papel de madre, todo ha sido una constante adaptación a unos embates vitales que, a la fuerza, han tenido que fortalecerla. La salida de su casa y de su pueblo marca el inicio de una búsqueda permanente, un recorrido entre la cruda realidad y la cálida esperanza.

Lo mismo puede decirse de la vida de su madre, Estefanía, quien ha tenido que aguantar lo inaguantable, y de la vida de su propio hijo, Antonio, carente de afecto paterno desde su más tierna infancia.

Tres generaciones nos guían por una España de posguerra con algunas sombras arraigadas y una continua lucha por la supervivencia. Un recorrido donde tienen cabida sentimientos primarios como la venganza, el miedo, la frustración, el odio o el amor. Un periplo en el tiempo donde dobles vidas y personalidades intrincadas se asoman a la realidad más absoluta.

“Canción Triste de Herminia en Si Bemol” es la segunda novela de este autor contemporáneo de raíces sangüesinas, con vivencias y experiencias en diferentes países a lo largo de su dilatada experiencia laboral.

Su prosa se caracteriza por el gran realismo y la brillante redacción, explicando de forma sencilla acontecimientos muy complejos y retratando de una forma extraordinaria cada uno de sus personajes, su entorno y sus circunstancias. Ya nos lo había demostrado en su libro "Generación en el Punto de Mira" y de nuevo va a sorprendernos con esta nueva novela, llena de imaginación y cargada de sentimientos.

Agradezco este espacio para felicitar al escritor por su tesón, por su valentía y por dar vida a unos personajes que aunque imaginarios, llegamos a visualizar y a comprender... agradezco, en resumen, su excelente trabajo.

Charo Aisa

PRIMERA PARTE

1965 - 1970

*Herminia, madre despreocupada,
escucha la voz de tu niño
que pide a gritos tu cariño;
no seas tan desalmada.*

*“Madre, querida madre,
¿por qué me tienes abandonado?
Búscate alguien que te ayude
a hacer de mí un buen ciudadano”.*

***Medita, Herminia, Blanca Paloma,
que una triste Luna al Este asoma.***

1

Herminia miró su reloj. Eran las ocho de la mañana de un espléndido día primaveral. Los primeros rayos del alba habían dado paso a un brillante sol naciente que iba gradualmente invadiendo calles y avenidas, parques y jardines de una ciudad adormecida que pronto alcanzaría una actividad de infarto.

—Antoñito, levántate, cariño. Mami tiene que acostarse.

—Ya voy, mami. Dame unos minutitos más. ¿Es hora ya de ir al cole? ¿Qué es hoy?

—Jueves.

—¡Qué guay! Hoy toca gimnasia.

Y el hijo, todavía bajo el peso de un interrumpido sueño, se dirigió a su madre con un *buenos días* que justo llegó a arrancar una leve sonrisa en sus sensuales labios. Herminia correspondió a su saludo con una suave palmadita en su mejilla todavía adormecida. Qué frialdad la suya. El niño no dio mayor importancia a tal saludo; era el acostumbrado a esas intempestivas horas de la mañana.

—Tu ropa de gimnasia la encontrarás en la mochila. ¡Anda, arriba!

El niño, que apenas había cumplido sus diez añitos, se levantó sin refunfuñar. Se aseó lo mejor que pudo y su madre le pasó un viejo peine por su grasa cabellera, que no había recibido un buen jabonado desde Dios sabe cuándo. Se vistió sin ningún titubeo y esperó a ver lo que se daba para desayunar. Decepcionante espera. Raro era el día

que desayunaba no sin antes acudir a la tienda a comprar el pan y la leche, y ese día no iba a ser diferente.

—Ve a la tienda, cariño, compra una barra de pan y una botella de leche. Mejor dicho, dos botellas. Mañana es fiesta y la lechería cierra. Ah, trae también media docena de huevos.

—Jolines, mami. Cada día igual.

—Es lo que toca, cariño. Qué más quisiera que poder hacerlo yo misma; pero me encuentro tan cansada que...

—Te entiendo, mamá— se adelantó el hijo—. No te preocupes, a mí no me cuesta nada.

Su madre introdujo su bien cuidada mano en uno de los bolsillos de su salto de cama, sacó un fajito de billetes y depositó uno de cien pesetas, mugriento y desgastado, en la manita de Antoñito.

—Dile al lechero que te dé un trozo de queso de gruyer para completar las cien pesetas.

—Pronto estaré de vuelta, mami. Tengo unas ganas de desayunar que casi me hacen desmayar. ¿Puedo pedirle unas galletas también de esas que me gustan?

—No hace falta, cariño. Todavía queda un paquete en el mueble de la cocina, ¿o te lo tragaste anoche? No me extrañaría.

—No te preocupes, mamá; veo que realmente queda un paquete. Ya veremos cuánto dura. El día que empiece a trabajar, mi primer dinero será para comprar galletas para mí y un paquete de cigarrillos para ti; porque fumas como una chimenea. A veces tus besos saben y huelen a nicotina.

—Deja de decir tonterías —le dijo su madre—, y arrea que se va a hacer tarde para la escuela.

—Descuida, mamá; en dos zancadas estoy de vuelta.

Antoñito, habiendo cumplido con los deseos de su madre, desayunó y se dispuso a acudir a la escuela despidiéndose de ella con un suave beso en la mejilla. Su madre ya estaba acostada. Había tenido una noche muy ajetreada en su trabajo y su rostro reflejaba un cansancio y una angustia que las caricias del hijo en ese momento no le venían a cuento.